



*A Fernando José; porque fuiste parte fundamental de este proceso; pusiste
todo el amor y apoyo incondicional que necesité.*





Prólogo

Inmerso en el paisaje agreste de aristas, peñascos y quebradas profundas talladas por algún volcán cercano, la figura del Chagra se yergue sobre su caballo como la pluma de una lejana memoria que recoge el lenguaje de la luz y el ritmo del viento.

Su rostro lleva el sol cifrado en la piel. Zamarros, bufanda de lana apretada, poncho de colores y sombrero de fieltro, caracterizan a este personaje que desafía por igual, a la naturaleza y al tiempo, aunque sabe que a ninguno de los dos puede darle la espalda. De la naturaleza percibió el olor de la amenaza y la quietud del silencio; del tiempo, el valor del instante. De la primera, la huella del aire, del segundo, la precisión del giro y el apremio de la rienda.

El Chagra es el testimonio vivo de un pasado cierto. Sus atuendos, al igual que sus faenas diarias y prácticas festivas son registros históricos que relatan la experiencia de la dominación, pero también destacan la astucia de la apropiación. Su hablar recoge antiguos usos del campo castellano convertidos en sonoros vocablos andinos. En sus manos, la guitarra aprende a interpretar la soledad del páramo y el alegre compás de la veta. El poncho sustituye al capote, la colcha toma el lugar de la muleta y la seriedad de la muerte, se transforma en carcajada festiva.

La figura del Chagra resume como pocas, la historia que muchos se empeñan en negar. Esa narración donde el mestizaje, no solo es violencia sino también mistura de saberes. Episodios, donde la adaptación es táctica y la creatividad, resistencia.

Las depuradas imágenes captadas por María Emilia Moncayo, así como el conocimiento y la palabra precisa de Fabián Corral recuperan en estas páginas, la trascendencia de lo cotidiano, la ritualidad de la fiesta, la vigencia de una tradición y la incommensurable belleza de la serranía andina. Haciendo uso de una clara sensibilidad visual y literaria, los autores traducen en detalles de enorme valor estético, la pasión que guía su interés por rescatar y difundir la riqueza cultural y etnográfica que posee esta Tierra de Chagras.

Que se mantenga el andar caminero de chugos y tordillos, que las guascas aun se desprendan de las monturas para encierros y rodeos y las anécdotas chacareras preserven el vínculo del hombre con el paisaje, es la aspiración espontánea de todo lector que tenga el privilegio de tener este libro en sus manos. Que así sea.

Carmen Sevilla Larrea
Quito, Julio 2013



Introducción

Del chagra y sus costumbres hay memoria en las crónicas de viaje, en la tradición oral y en la historia. Es un hombre que viene de nuestras raíces, de la profundidad del mestizaje, y que aún está allí, en el campo serrano, intacto, aferrado a su tierra y a su versión distinta de la vida.

W. B. Stevenson lo vio, en 1808, así: “es encantadora su manera de cabalgar: pantalones, botas y chaqueta, y encima, un poncho blanco...Un par de zamarros de piel de cuero de dos cabras, se sujetan a la cintura, anudado a la parte inferior de los muslos y abotonado al ruedo de las piernas, de modo que los extremos de las pieles caen sobre los pies...”

El jesuita Joseph Kolberg quien estuvo en el Ecuador hacia 1871, y alude al atuendo del chagra así “...lo más indispensable en trajes de viaje es el poncho...Se usan tres clases de ponchos: uno muy ligero, con muchos colores, en las tierras bajas y cálidas y también en las altas en los días claros;...un segundo poncho de lana mucho más pesado, generalmente rojo escarlata, sirve para los días fríos y lluviosos; finalmente se lleva en los viajes un poncho más sencillo, algo impermeable...También los bellos y esmaltados pellones o alfombras de montar, pertenecen al completo ajuar.”

La palabra chagra tiene antiguo ancestro. Juan de Velasco sostiene que en el imperio incaico, como parte de la jerarquía social, existía el chagra-camayúc, término que designaba a un personaje con ascendiente social en el campo. Chacra, por su parte, es el terreno sembrado con maíz. Al hombre que se preocupaba de su labor se le llamaba chacarero, término que luego se extendió para designar a toda persona entendida en las tareas del campo. Parece que este término tiene parentesco con la expresión chagracama, en el sentido de hombre a cargo de los cultivos y del ganado. Probablemente, la tendencia a la simplificación fonética, lo dejaría como chagra, palabra que por evolución quedó, finalmente, para designar a un campesino mestizo, con cierta autoridad social, hombre de a caballo, que realiza labores vaqueras.

Hoy el chagra sigue en la serranía; pero también está en las ciudades, desarraigado y a pie. Para mirarlo en la plenitud de sus costumbres, hay que ir a la frontera de las haciendas con el pajonal. Allí donde aún tiene valor el cerco de cabuyas y el alero de tejas, el chagra hace su vida, mezcla de pragmatismo y poesía, de orgullo y humildad. Para verlo como caballista y en toda la elegancia de su atuendo, hay que ir al paseo procesional del chagra o a las cabalgatas y rodeos que son parte de las fiestas de los pueblos serranos.

En Machachi, en Cayambe, en Alausí o en Sibambe, cada año, a fines de julio, cientos de emponchados se reúnen al impulso de aficiones que son casi una mística: el caballo y los aperos. Los chagras acuden de todas partes, desempolvando sus zamarros, su poncho y su corazón, para saludar con la bufanda paramera desde su altura de jinetes, y para llenar las plazas de los pueblos y los valles estremecidos por el viento del verano. Allí se reúnen los equipos de doma y lazo, o simples aficionados, gente de las haciendas, comunas y anejos y hombres de ciudad que tienen intacta el alma chacarera.

Desde temprano van llegando los montados. Antes de iniciar la cabalgata, o los toros populares, hay tiempo para lucirse, para saludar a los compadres y aderezar charlenajes y zamarros. Hay tiempo para ensillar y cumplir otra vez el rito según las reglas y tradiciones de la equitación de campo.

Los aperos, de remoto origen español, transformados en la montura de vaquería por la necesidad y el mestizaje, deben emplearse con propiedad y escrupulosa precisión. La armonía de la silla y la belleza artesanal de las riendas trenzadas combina con el lujo ostentoso de las espuelas roncadoras. El pellón y las tarabas labradas dan al caballo criollo ese aire inconfundible de la vaquería ecuatoriana.

Cabalgatas y rodeos, concursos y domas son fiestas de ponchos, pinganillos y zamarros. Ocurre en las más recónditas parroquias: cada verano, los caballos y los chalanés, los gritos chacareros y las chanzas rurales, traen el campo íntegro a los pueblos, que rememora entonces la vida antigua, aquella que renace cuando hay un jinete que enlaza o un hombre orgulloso de su poncho y su origen. Hay una afirmación de identidad cada vez que hay un chagra, cada vez que chispea el sol en las espuelas y en las hebillas de los aperos.

Cabalgatas, fiestas de pueblo, rodeos y concursos de lazo, todos ellos afianzan tradiciones y recuerdos, que se persisten hasta el final, hasta la hora en que el sol de los venados se extingue en formidable llamarada sobre los cerros.







